

# **EDUCAR CONTANDO**

**18 HISTORIAS**  
PARA COMPRENDER  
LA ADOLESCENCIA

LAURA BORAO MORENO

# INTRODUCCIÓN

**C**uando te conviertes en «papi» o «mami», tus hijos se convierten en lo más importante para ti. Son tu responsabilidad. Tu perspectiva del mundo cambia y todo se centra en ellos.

Cada etapa conlleva sus particularidades y preocupaciones. Cuando son bebés, son las horas sin dormir porque ellos no tienen otra manera de comunicarse más que a través del llanto; cuando empiezan a hablar, te hartan sus «porqués» acerca de todo lo que les rodea; luego vienen los primeros estudios, los deportes y las amistades... Y, cuando crees que ya puedes acomodarte, llega el maravilloso mundo de la adolescencia.

¿Estamos preparados para su llegada? Hemos oído hablar de ella (y mucho), pero en la mayoría de ocasiones «hace *ichas!* y aparece a tu lado», como decía la canción. De repente, aquel bebé quiere ser adulto siendo aún un niño. Te reta, te desafía y también te enseña, por ejemplo, a ser más paciente. En esa etapa de transición nuestros hijos son capaces de convertirse en los peores monstruos, y tú que pasas de ser su héroe (o heroína) a ser la peor persona del mundo porque no les concedes cualquiera de los cientos de caprichos que se les ocurren. Pero luego se dan cuenta de que aún te necesitan y no son ni tan mayores ni tan rebeldes como pretendían. Seguimos siendo su modelo a seguir.

Y si la adolescencia ya de por sí es complicada para ambas partes, ¿qué ocurre cuando además tu hijo tiene una «adolescencia precoz»? Seguramente te preguntarás si es por tu culpa, porque tú hayas hecho algo que ha provocado que eso haya ocurrido antes de hora. Según la revista médica

The Lancet, «la adolescencia se extiende desde los 10 a los 24 años». Puede que se alargue por el retraso de responsabilidades asociadas a la edad adulta como el matrimonio, la estabilidad económica o la tardanza en tener descendencia. Por otro lado, la pubertad se adelanta como consecuencia del desarrollo industrial, debido a la mejora de la nutrición y la salud. Por tanto, no es culpa tuya.

Ahora más que nunca es la hora de confiar en tu labor como padre, no rendirte, actuar, no perderlos de vista y, sobre todo, no culpabilizarte.

La adolescencia, temprana o tardía, es la etapa de querer romper normas, probarlo todo y desafiar (los adolescentes se comunican a través de las redes sociales más que cara a cara buscando la aprobación con la obtención de miles de «Me gusta», y eso nos obliga a los adultos a ponernos al día en nuevas tecnologías y a confeccionar nuevas normas); un tiempo en el que les preocupa ser aceptados por los demás, permanecer a un grupo para no ser apartados, marginados o destruidos. ¿Y si es tu hijo el que aparta, margina o destruye?

¿Cuántas noches te has quedado despierto pensando que, aún siguiendo todos los métodos que se han publicado sobre la educación de tus hijos, la llegada de la adolescencia te ha pillado desprevenido, no la has visto venir o la estabas esperando con la armadura puesta y pulimentada y aún así no es lo que esperabas? O que lo que te han contado o lo que tú mismo recuerdas de tu época adolescente no es ni por asomo lo que estás viviendo en primera persona ahora como padre.

Pero, un día cualquiera, cansados todos de discusiones, arrebatos y portazos, tu hijo te sorprende con un abrazo, con una frase o con un acto que te hace pensar que hay esperanza y que todo lo que has hecho por él desde que lo tuviste entre tus brazos por primera vez cuenta.

### # 3. Cuando llegue el momento

–Lo tengo decidido y punto. Es mi vida. ¿Me has oído bien? ¡Mi-vi-da! Tú no mandas en ella. Ya no soy un niño, papá. ¿Cuándo te va a entrar en la cabeza? Soy dueño de mi vida y de mis decisiones –dijo Hugo, esta vez dirigiéndose a su padre, aunque discutía con ambos progenitores.

Hacía días que le rondaba por la cabeza informar a sus padres de la decisión que había tomado junto con Mar, su novia. Llevaban seis meses saliendo juntos y, a pesar de que ella era un par de años mayor que él, iban a la misma clase puesto que había repetido dos cursos. Hugo estaba enamorado y esa para él era razón suficiente para irse a vivir con ella. Lo tenían todo planeado y así se lo había comunicado a sus padres. Aunque ya sabía que a ellos no les iba a hacer mucha gracia, no imaginaba que iban a ser tan rotundos en su negativa. ¿Por qué no entendían que ya era casi un adulto y necesitaba volar?

–¡Hu-go! ¿Dónde vas? ¡Ven aquí! ¡Te he dicho que vengas!  
–gritó su padre hasta el punto de tener que toser para aliviar las punzadas que sentía en la garganta. Estaba tan enfadado que no era consciente de que apretaba las manos hasta que notó el dolor de sus uñas clavadas en las palmas.

Lucía se fue detrás de él, pero fue inútil.

–¿Dónde se cree que va este crío? –preguntó a su mujer.

–Déjalo, necesita respirar y... nosotros también. Todos llevamos una época muy tensos. Démosle un poco de espacio para que se calme y mañana hablamos con él más tranquilos. Sabes que no es mal crío y el que se quiera ir a vivir con su novia debe ser un pensamiento coherente en su cabecita loca. Solamente se ha adelantado unos cuantos años y ya sabes que, si por mí fuera, no se iría nunca.

Hugo acababa de cumplir los dieciséis y nunca imaginó que la chica más popular del curso se fijaría en él. Segura-

mente un par de meses antes ni siquiera se hubiera percatado de las señales que le enviaba Mar para mostrarle su interés por él. Pero algo cambió en Hugo y cuando quiso darse cuenta estaba perdidamente enamorado. A partir de ese momento ya no pensaba en otra cosa más que en estar con ella y pasar más tiempo juntos. Ya no le interesaba tanto como antes pasarse horas estudiando o entrenando. Aquellas cosas ya no eran su prioridad y eso provocaba que discutiera con sus padres continuamente. Después de cada nota o llamada de su profesor o de su entrenador, cada vez que le pedían ayuda en casa y se negaba, cada mala contestación, grito, portazo o falta de respeto, cada vez que se saltaba una norma (esas que habían aprendido a tener recientemente ya que antes nunca les habían hecho falta), cada vez que le llevaban la contraria, o cada vez que le apetecía, llegaban la discusión, la tensión o las amenazas.

Lucía y su marido habían pedido ayuda en cuanto fueron conscientes de que su hijo ya no era el mismo y ellos no sabían cómo gestionarlo. Siempre habían creído en el sentido común como filosofía en la educación de su hijo, pero aquello se les escapaba de las manos y no querían perderlo. Aunque había momentos en los que no podían evitar el enfado o los gritos llevados por la desesperación.

–Buenos días, Hugo –lo saludó Lucía cuando entró en la cocina mirando a su marido para que hiciera lo mismo.

–Buenos días, hijo. Por favor, siéntate –le pidió su padre.

–Si vais a empezar como ayer, me largo –escupió.

–Cielo, solamente queremos entenderte. Un día estás jugando, entrenando y de campamento con tus amigos de toda la vida, y al día siguiente nos dices que quieres irte de casa. Si solamente tienes dieciséis años, Hugo. Permítenos que tu idea nos sorprenda y que la rechacemos en primera instancia –intentó explicarse Lucía lo más serena que pudo, aunque por dentro estuviera sufriendo un terremoto emocional.

–Mamá, ¡es que no lo entendéis! Me hago mayor, ¡asúmelo ya, mamá!

–¡Hugo! –Su padre paró y se contuvo al darse cuenta de la mirada de advertencia de su mujer pues habían acordado seguir las directrices de la orientadora que les estaba ayudando y continuó–. Por favor, no hables así. Intentamos llevar este asunto de la manera más serena posible y queremos que nos lo expliques para poder entenderte.

–¿Qué ha pasado con Javier y con Jorge? Hace siglos que no llaman ni vienen por aquí –le preguntó su madre curiosa.

–Pues... muy sencillo. Ya no tenemos los mismos intereses y ellos prefieren perder el tiempo entrenando o estudiando. ¡Allá ellos! Son unos panolis. A mí no me va a hacer falta estudiar porque voy a trabajar en el restaurante de los padres de Mar.

–¿Cómo puedes hablar así de los que hasta hace bien poco eran tus amigos?! Habéis compartido mucho y, así, sin más, se esfuman de tu vida –se desesperaba su padre.

–Papá, ellos van a otro ritmo y me aburren. No pasa nada; ahora tengo nuevas amistades que son más afines a mí y que se saben divertir. Ya está, así de simple.

–Cielo, suponemos que Mar es tu novia –interrumpió Lucía antes de que los dos se enzarzaran en una bronca al darse cuenta de la nueva información que Hugo les había dado sin querer.

–Sí, es mi novia y me iré a vivir con ella... Aunque no os guste la idea.

–Bueno, a ver, hijo, cuéntanos tus planes. Tu madre y yo prometemos escucharte. Después llegaremos a un acuerdo. ¿Te parece bien?

–Es muy sencillo. Entiendo que os haya pillado de sorpresa porque yo no os conté que tenía novia hasta ayer. No me apetecía que os pusierais pesados con el tema y no

quería que hubiera cotilleo familiar generalizado. Quería vivir este momento tranquilo. Ella se llama Mar y es el amor de mi vida. Tiene dieciocho años y sus padres tienen un restaurante en el centro; trabajaremos allí para tener dinero y pagar nuestro futuro apartamento. Esto lo hemos meditado mucho y llevamos tiempo dándole vueltas. Pero por lo visto a todos los adultos os cortan por el mismo patrón porque anoche ella también les contó nuestros planes a sus padres y ellos tampoco estaban de acuerdo. Pero nos da lo mismo; conseguiremos trabajo en otro sitio. Nos apañaremos –concluyó con un suspiro.

Sus padres se miraron al darse cuenta del sufrimiento de su hijo.

–Hugo, cariño, entendemos que estés pasándolo mal, y eso es algo normal cuando no se cumplen los planes, pero tienes que entender que tanto los padres de Mar como nosotros simplemente queremos lo mejor para vosotros. Sois muy jóvenes para volar del nido. Siento decirte que eres menor de edad y por tanto nuestra responsabilidad. No quiero que pienses que no queremos que tengas pareja; todo lo contrario, es una alegría. Pero vais demasiado deprisa. ¿Qué te parece si vais poco a poco? Tráela a casa para que la conozcamos. Acaba tus estudios, sácate el título. Siempre has sido buen estudiante y es una pena que no sigas estudiando. Trabaja los fines de semana primero en el restaurante de los padres de Mar y comprueba que te gusta porque, ¿qué vas a hacer si te das cuenta de que no naciste para eso? Puede pasar porque nunca has trabajado. ¿Y si no tenéis suficiente dinero para pagar los gastos? ¿Has pensado que seguramente tendréis que coger dos trabajos...? Si los encontráis, claro. Empieza por ahí, los fines de semana, y te aseguras. Te prometemos que cuando llegue el momento te apoyaremos –expuso de un tirón Lucía esperando que su hijo no se diera cuenta de que ese «cuando llegue el momento» no especifi-

caba cuándo era realmente y que ella confiaba en que fuera dentro de muchos años.

Hugo quiso protestar un par de veces durante la intervención de su madre, pero había prometido no interrumpir, igual que habían hecho ellos. Cuando terminó se quedó pensando en sus palabras. Tenían razón (aunque nunca se lo reconocería); él no había trabajado nunca y no sabía si sería capaz de hacerlo porque poner la mesa en casa no era lo mismo que servir en un restaurante. «Y si trabajamos los dos, ¿quién preparará la cena en casa?», pensó.

Lucía y su marido seguían en silencio, expectantes, esperando la reacción de su hijo y por un momento pensaron que volverían a tener otra de las fuertes discusiones de las últimas semanas.

Hugo se levantó bruscamente y gruñó.

«Vale» fue lo único que dijo y se marchó a su habitación agradeciendo en el fondo aquella conversación, aunque reconocerlo abiertamente le iba a costar más tiempo.

